

RECUERDOS IMBORRABLES. LA TIENDA DE LEANDRO

Magdalena Valenzuela Guzmán



Leandro en su tienda

Hasta hace unos años, paseando por las calles de Huelma, nos encontrábamos con una tienda con sabor antiguo, de las que parece que se han quedado anclados en el tiempo, sobreviviendo a crisis y modas, pero siempre conservando su esencia y cuyo escaparate, con reminiscencias de años pasados, exhibía su variada mercancía, en una mezcla de prendas de lencería y corsetería femenina, pijamas, medias, ligas y calcetines e incluso artículos de baño como bañadores o bikinis.

Se trataba de un negocio único, alejado de las grandes cadenas, centros comerciales y ventas “on line”, donde lo que primaba era el trato individualizado y la personalidad del vendedor, que conocía a sus clientes y les aconsejaba y asesoraba.

Así era la tienda de Leandro, una tienda que encarna como ninguna otra en nuestro pueblo el concepto “de las de toda la vida,” que nunca necesitó publicidad, porque su reclamo era la boca a boca entre los vecinos.

El alma de esta tienda, era Leandro Fernández Valenzuela, un personaje carismático, honesto, siempre respetuoso y de trato agradable.



Leandro Fernández Valenzuela

Leandro nació en Huelma el 12 de agosto de 1944, y su relación con el comercio le llegó en la niñez, ya que sus padres, José Fernández Martínez y María Valenzuela Cees, eran recoveros, una profesión desaparecida que se caracterizaba por el trueque de determinados artículos como ropa, menaje de cocina, material de costura o incluso alimentos, como arroz, chocolate y azúcar, que los vecinos en una economía tan precaria como era la nuestra de la posguerra, no podían elaborar u obtener por sus propios medios, pero que les eran imprescindibles para el día a día, y el negocio de los recoveros consistía en canjearlos por otros que sí que se hallaban en cada casa, generalmente huevos.

Este sistema de compraventa, estuvo utilizándose por la familia Fernández Valenzuela hasta mediados de los años 60-70 del siglo pasado, y es que era útil para el comprador, ya que no todo el mundo podía hacer un desembolso económico para comprar ropa o enseres del hogar, pero lo que sí había en cada casa eran gallinas, que ponían huevos, y eran estos los que se utilizaban como moneda, porque además eran considerados un artículo de lujo, que no se consumían, salvo en días festivos o para alimentar a los enfermos.

También era interesante para el vendedor, que luego los vendía en comercios de Granada, donde su precio se incrementaba considerablemente.

Y este era el trabajo de José, el padre de Leandro, que desde 1941 con un caballo, recorría los cortijos desde Cabrita hasta Bélmez de la Moraleda y desde la estación de Cabra del Santo Cristo hasta la de Huesa ofreciendo sus productos y cambiándolos por huevos.

María; su madre, hacía lo mismo en el pueblo. Muchos, aún la recordamos yendo de casa en casa con una cestita y una libreta en la que ajustaba sus cuentas; y es que, la forma de vender de esta familia, tanto en los cortijos como en el pueblo, era la venta a plazos. Elegido el producto, María anotaba en la libreta el nombre de la compradora, el precio de lo adquirido y en una columna al margen, se iban anotando las docenas de huevos que semana tras semana la clienta le iba entregando hasta saldar

la deuda. La cesta lógicamente, servía para ir metiendo los huevos que recogía en cada casa.

Me contaba Leandro que, de niño, antes de irse a la escuela, iba en busca de su madre, que, para esa temprana hora, ya tenía la cesta llena de huevos, él los recogía, los llevaba a su casa y después marchaba a la escuela.

También me contó, que ya de adolescente, él junto a su hermano Miguel, trabajaban en la tienda de su familia, situada en la calle Condesa, ahora Antonio Machado, en el mismo emplazamiento que todos conocemos como la tienda de Leandro, pero que, en sus orígenes, eran dos tiendas independientes, una a la izquierda y otra a la derecha de la puerta de entrada a su vivienda, ambas unidas por un portal. En una vendían ultramarinos y en los otros tejidos, de tal forma que las dos eran atendidas por un solo vendedor que iba transitando de una a otra en función de a cuál de ellas entrara el cliente.



Leandro en los años 60

Con el paso del tiempo, únicamente continuaron con el negocio de tejidos, que curiosamente ocupó el local que antes albergaba la de ultramarinos, y a eso dedicó toda su vida Leandro, a ofrecer a sus vecinos los artículos de una tienda bien surtida, con productos de calidad y buenos precios, en la que siempre podías contar con su asesoramiento ya que tenía una asombrosa capacidad, seguramente debida a sus muchos años trabajando como vendedor, para captar de un vistazo la talla y el gusto de cada uno de sus clientes.



En esta casa estaba la tienda de Leandro

Esta tienda permaneció abierta hasta el 16 de febrero de 2016, cuando de forma repentina falleció Leandro y con él se cerró un capítulo de la historia del comercio tradicional en Huelma.

Valga este artículo como recuerdo y reconocimiento a su labor y a su persona.